

Jean-Jacques Rousseau a la condesa Sophie d'Houdetot

16

En 1756, Jean-Jacques Rousseau era un reconocido intelectual en Francia gracias a su participación en el concurso de ensayo de la Academia de Dijon con dos textos: "Discurso sobre las ciencias y las artes" y "Discurso sobre el origen de la desigualdad". Estaba casado con Therese Le Vaisseau y, a pesar de su fama, tenía un perfil discreto que no iba acorde con la agitada vida parisina. Por eso, cuando el matrimonio recibió la invitación de Madame d'Épinay a pasar una temporada en su casa en el valle de Montmorency, al norte de Francia, aceptaron de inmediato y se alejaron de la capital. Permanecieron ahí un año y en el transcurso de ese tiempo, el filósofo conoció a Sophie, la amante de su amigo el poeta Jean-François Saint-Lambert. Rousseau la describió como una mujer de treinta años no tan hermosa, pero atractiva. Salían a caminar juntos por el campo y gozaban de la mutua compañía y de largas conversaciones. Sophie comenzó a visitar más frecuentemente a Rousseau, a pesar de no estar realmente interesada en él, y estos encuentros hicieron que el filósofo se prendara de ella y le enviara cartas declarándole su amor. Pero Sophie, si bien agradeció sus atenciones, no sentía lo mismo por él. A pesar de la negativa, Rousseau declararía años después, en su libro *Las confesiones*, que Sophie d'Houdetot fue el gran amor de su vida.



Ven, Sophie, para que pueda torturar tu injusto corazón, para que así yo también pueda ser implacable contigo. ¿Por qué debiera tenerte piedad cuando me robas la razón, el honor y la vida? ¿Por qué debiera permitir que pases tus días en paz cuando haces que los míos sean insoportables? ¡Ah, si hubieras clavado una daga en mi corazón, habrías sido mucho menos cruel que usando esta fatídica arma que me está matando! Mira lo que era y lo que soy, mira hasta qué punto me has rebajado. Cuando te dignaste a ser mía, yo era más que un hombre; desde que me has apartado de ti, soy el más ruin de los mortales. He perdido toda razón, todo entendimiento, y todo coraje; en una palabra, ¡me has quitado todo! ¿Cómo has podido decidir destruir tu propia obra? ¿Cómo te atreves a considerar indigno de estima a quien alguna vez honoraste con tu gracia? Ah, Sophie, te imploro, no te avergüences de un amigo al que alguna vez quisiste. Por tu propio honor te pido que no te desentiendas de mí. ¿No soy acaso de tu propiedad? ¿No has tomado posesión de mí? Eso no lo puedes negar, y como te pertenezco a pesar de mí y a pesar de ti, déjame al menos merecer ser tuyo. Piensa en esos momentos de felicidad que, para mi tortura, nunca podré olvidar. Esa llama invisible de la que recibí una segunda y más preciosa vida le entregó a mi alma y mis sentidos toda la fuerza de la juventud. El brillo de mis sentimientos me elevó hacia ti. ¿Cuántas veces no sentiste tu corazón, lleno de amor por otro, tocado

por la pasión del mío? ¿Cuántas veces me dijiste en la arboleda junto a la cascada: “Eres el amante más tierno que yo pudiera imaginar; no, ¡nunca un hombre amó como tú!”? ¡Qué triunfo fue para mí escuchar tal confesión de tus labios! ¡Sí, fue real! Fue producto de la pasión que yo exigía tan ardorosamente, la que esperaba que te volviera más receptiva y despertase en ti una compasión de la que ahora te arrepientes tan amargamente...

18

¡Oh, Sophie! Tras todos los dulces momentos, la idea de la renuncia eterna es terrible para quien se entristece por ya no poder ser más uno solo contigo. ¿Acaso tus tiernos ojos nunca volverán a caer ante mi mirada, con esa dulce vergüenza, que me llena de sensual deseo? ¿Acaso nunca más voy a sentir ese temblor celestial, ese fuego enloquecedor y devastador, que más rápido que un rayo... ¡Oh, ese momento inexpresable! ¿Qué corazón, qué dios podría haberte conocido y resistido?

Johann Wolfgang von Goethe a Charlotte von Stein

El autor de *Fausto* llegó a la corte del duque de Weimar luego de haber alcanzado la cima de las letras germanas con su primera novela, *Las desventuras del joven Werther*. Durante su estancia conoció a la baronesa Charlotte von Stein, de quien el escritor ya tenía referencias: había escuchado que era hermosa, dulce y sensible, pero casada y madre de cuatro hijos. Por su parte, Charlotte, lectora empedernida del *Werther*, también había recibido comentarios sobre el escritor que despertaron su interés. La relación fue larga y difícil, y solo pudieron ser amantes de forma platónica porque el acercamiento físico fue imposible de concretar. Goethe se entregó por entero a sus sentimientos y toda la obra creada en ese período se la dedicó a Charlotte. Luego de un tiempo, la imposibilidad de estar juntos comenzó a afectar de tal manera al escritor que decidió alejarse de ella y partió a un largo viaje por Italia. Desde allá escribió infatigablemente a sus amigos y, por sobre todo, a Charlotte, quien dejó una huella indeleble en la figura atormentada del joven Goethe.



23 de diciembre de 1786

¡Tan solo déjame agradecerte por tu carta! Déjame olvidar por un momento la parte dolorosa de sus contenidos. ¡Mi amor! ¡Mi amor! Déjame rogarte de rodillas, implorándote, haz mi retorno a ti más fácil para no quedar exiliado en la grandeza del mundo.

20 Perdóname generosamente por mis pecados hacia ti, y absuélveme. Cuéntame a menudo y con detalle cómo estás viviendo, que estás bien, que me amas. En mi próxima carta te contaré acerca de mi itinerario de viaje y lo que pienso hacer; ojalá el Cielo lo haga prosperar. Solo te ruego que no me consideres como alguien ajeno a ti, nada en el mundo podría remplazar lo que perdería si te pierdo a ti y mi historia contigo. Espero conseguir la fuerza para sufrir con más hombría toda contrariedad. No abras las cajas, te ruego, y no te sientas ansiosa. Dales mis saludos a Stein y Ernest, le agradezco a Fritz por su carta, deja que me escriba a menudo, ya he empezado a coleccionar lo que me ha pedido, y lo tendrá.

Que estés enferma, enferma por mi culpa, oprime mi corazón a tal punto que no puedo describírtelo. Perdóname, yo mismo he estado luchando entre la vida y la muerte, y no hay palabras para expresar el estado en que me encontraba. Este otoño me ha devuelto a mis sentidos. ¡Mi amor! ¡Mi amor!

Wolfgang Amadeus Mozart a Constanze Weber

La oportunidad de Wolfgang Amadeus Mozart para convertirse en un afamado compositor llegó en 1780 por medio de la invitación que le hizo el arzobispo de Salzburgo para visitar Viena y tocar para el emperador. Mozart no vaciló y partió inmediatamente a la capital de Austria. Pasó los primeros meses en casa de la familia Weber, unos antiguos conocidos, donde se reencontró con Constanze, la menor de la familia. Si bien años atrás la joven no había llamado su atención, esta vez fue diferente. Compartía sus mismos gustos musicales, manejaba la casa a la perfección, y aunque no era hermosa, Wolfgang se enamoró perdidamente de ella e incluso fue su inspiración para la creación de la obra *El rapto en el serrallo*. La pareja se casó en 1782, para disgusto de Leonard Mozart, padre del compositor, que veía en su hijo la posibilidad de realizar su propio sueño frustrado y quien pensaba que este enlace entorpecería su carrera. A pesar de esto, fueron un matrimonio feliz y llevaron una intensa vida social con frecuentes eventos en su casa de Viena. Se adoraban con pasión y se cuidaban mutuamente; cuando Mozart se iba de gira, le enviaba románticas cartas a Constanze para ayudar a reducir la distancia.



Dresden, 16 de abril de 1789

Querida esposa, tengo algunos requerimientos que hacerte:
1ero. Te ruego que no estés melancólica.

2do. Que te cuides y no te expongas a las brisas de la primavera.

3ero. Que no salgas a caminar sola; de hecho, mejor sería que no salieras a caminar del todo.

22 4to. Que te sientas completamente segura de mi amor. No te he escrito una sola carta sin tener tu querido retrato delante de mis ojos.

5to. Te ruego que no solo cuides de tu honor y del mío a través de tu conducta, sino que también tengas el mismo cuidado con las apariencias. No te enojés por esta petición; de hecho, debiera hacer que me ames aun más, al ver la preocupación que tengo por nuestro honor.

6to. Finalmente, desearía que me dieras más detalles en tus cartas. Me gustaría saber si acaso mi cuñado Hofer llegó el día que debía; si acaso va a menudo, como prometió hacerlo; si acaso los Langes van a visitarte; si acaso el retrato está avanzando; cuál es tu rutina. Todas estas son cosas que, naturalmente, me interesan mucho. Ahora te digo adiós, mi más amada. Recuerda que cada noche, antes de irme a dormir, converso con tu retrato por una media hora, y que hago lo mismo al despertarme. Viajaremos el 18, pasado mañana. Sigue escribiéndome vía Poste Restante, en Berlín. Te beso y te abrazo 1,095,060,427,082 veces (esto te dará una buena oportunidad para practicar el conteo), y soy siempre tu fiel esposo y amigo.

W. A. Mozart

Napoleón Bonaparte a Marie-Josèphe-Rose Tascher de la Pagerie

Cuando Napoleón ya era general de la república, se enamoró de una mujer un poco mayor que él, hermosa, elegante y de familia distinguida, pero con un matrimonio anterior y varios otros conocidos romances. A pesar de que ella no estaba demasiado entusiasmada con la relación, se casaron en 1796, un año después de conocerse. El amor no reinó en el matrimonio; Joséphine no se preocupaba de los asuntos de su esposo y no correspondía a sus afectos. El general, en cambio, no solo amó a Joséphine, sino que la adoró y le imploró clemencia al percatarse de su indiferencia. Pero la situación pronto se invirtió; una vez nombrado emperador, Napoleón cambió su actitud hacia Joséphine, se volvió prepotente y la maltrató luego de darse cuenta de los múltiples engaños de su esposa. En muchas de las cartas que Napoleón le envió a Joséphine, él le recrimina su falta de amor y le expresa el sufrimiento que le provoca su actitud. La alianza finalmente termina en 1810, luego que ella no pudiera engendrar un heredero al trono, indispensable para la campaña de Napoleón.



Napoleón a Joséphine en Milán

Marmiolo, 17 de julio de 1796

He recibido tu carta, mi adorada amiga, y ha llenado mi corazón de júbilo. Te agradezco que hayas enviado noticias a pesar de las dificultades. Espero que hoy estés mejor. Estoy seguro de que ya te habrás recuperado. Sinceramente espero que puedas cabalgar: sin duda te beneficiará.

24 Desde que te dejé, he estado constantemente deprimido. Mi felicidad es estar cerca de ti. Todo el tiempo recuerdo tus caricias, tus lágrimas y tu cariñosa atención. Los encantos de la incomparable Joséphine encienden continuamente una brillante llama en mi corazón. ¿Cuándo, lejos de toda atención y acoso, podré pasar todo mi tiempo contigo, amándote y pensando solo en la felicidad de decírtelo y probártelo? Te enviaré tu caballo, pero espero que pronto te reúnas conmigo. Hace meses pensé que te amaba, pero desde que nos separamos siento que te amo mil veces más. Cada día desde que te conocí te he adorado más y más. Esto prueba que la máxima de Bruyère¹ de que “el amor llega de repente” es falsa. Todo en la naturaleza sigue su propio curso y tiene diferentes grados de crecimiento.

¡Oh!, te ruego me permitas ver algunos de tus defectos. Sé menos bella, menos elegante, menos afectuosa, especialmente menos buena; sobre todo jamás seas celosa y nunca llores. Tus lágrimas me quitan la razón e inflaman mi sangre. Créeme, no está en mi poder tener

1 Jean de La Bruyère: filósofo francés (1645-1696).

un solo pensamiento que no esté relacionado contigo o desear algo y no compartirlo contigo.

Descansa. Restablece tu salud lo más rápido que puedas. Ven y reúnete conmigo para que finalmente, antes de la muerte, podamos decir: “tuvimos muchos días felices”. Mil besos para ti, e incluso uno para Fortuna,² a pesar de su rencor.

Bonaparte

25

Verona, 13 de noviembre de 1796

Ya no te amo más; al contrario, te detesto. Eres horrible, muy torpe y estúpida, toda una Cenicienta. Nunca me escribes, no amas a tu esposo; aun sabiendo el placer que tus cartas le dan, no le escribes ni seis líneas de notas azarosas.

¿A qué dedica todo el día entonces, *madame*? ¿Qué asunto es tan importante que te quita el tiempo destinado a escribirle a tu buen amante? ¿Qué afecto es este que sofoca y empuja a un lado el amor, el amor tierno y constante, que le has prometido a este? ¿Quién puede ser esta maravilla, este nuevo amante que absorbe todos tus instantes, tiraniza tus días enteros e impide que atiendas solícita a tu marido? Joséphine, cuidado, porque una buena noche las puertas se abrirán y yo entraré.

De verdad estoy ansioso, mi buena amiga, por no saber de ti; escribeme unas cuatro páginas rápidas, y dime esas cosas amables que llenan mi corazón de emoción y placer.

² Fortuna: pequeño perro de Joséphine.